

Cortes y, sobre todo, la repetición de elecciones en lugares como Granada.

En definitiva, la aportación de Álvarez Tardío y Villa es ya una referencia obligada para todos aquellos que quieran comprender, en toda su extensión y profundidad, el periodo republicano. Los autores no deslegitiman ni al gobierno salido de esas elecciones, ni cuestionan la legitimidad de la República en su conjunto. Se limitan a constatar hechos que prue-

ban a través de una ingente documentación. En realidad, su aportación esencial es esa: ver la historia desde el rigor metodológico y el conocimiento profundo de los acontecimientos. Seguro que algunos quieren ver otra cosa, pero la mayoría de ellos hace ya mucho tiempo que han dejado de poder otorgar credenciales válidas de historiadores.

JUAN CARLOS JIMÉNEZ REDONDO

Alberto PENA RODRÍGUEZ, **Salazar y Franco. La alianza del fascismo ibérico contra la España republicana: diplomacia, prensa y propaganda**, Gijón: Trea, 2017, 440 p., ISBN 978-84-9704-986-3

Desde hace algunos años, es evidente un creciente interés por parte de la historiografía española sobre Portugal y las relaciones luso españolas. Y lo mejor es que crece de forma diversa, presentando aportaciones variadas que fomentan los matices interpretativos y dan nuevas visiones acerca de un proceso relacional enormemente complejo y rico, si se entienden bien sus aspectos estructurales. Este es el caso del último libro del profesor Pena Rodríguez, que hace una lúcida aproximación a la relación ibérica durante los inicios de los regímenes de Franco y Salazar.

La obra se centra, esencialmente, en el momento de la guerra civil y en la construcción de los imaginarios simbólicos que utilizaron tanto un salazarismo ya estructurado como un franquismo todavía en ciernes de definición. Y lo hace desde la tesis básica de que la empatía ideológica

fue determinante a la hora de definir una apuesta de interrelación entre dos regímenes que participaban, según el autor, de una cosmovisión inserta dentro de ese nuevo viento de la historia que habían generado los fascismos. No es una tesis novedosa en sí misma, pero exigir novedades muchas veces es pretender descubrir Mediterráneos. No hace falta alguna para catalogar la obra como la aportación más ambiciosa, precisa e interesante de las aparecidas hasta ahora sobre el tema. El libro invita a la reflexión e, incluso, a la discusión, lo que no puede ser calificado más que como un mérito incuestionable. Su autor apuesta por una línea de investigación que mantiene de forma coherente y lógica a lo largo de las numerosas páginas de la obra. No rehuye, en ningún caso, la valoración como instrumento imprescindible de transmisión de conocimientos, lo cual, en tiempos

de aportaciones uniformes y descomprometidas en términos ideológicos, es algo muy de agradecer, se comparan o no las ideas del autor. Porque la Historia como disciplina científica, o si se quiere las Ciencias Sociales y Humanas en general, siempre han sido eso: una constante indagación sobre fuentes que permitían construir un relato y ofrecer un marco valorativo que pudiera contrastarse con interpretaciones diferentes. En unos casos complementarias y, en otros, simplemente, distintas o incluso irreconciliables. Lo que nunca han sido estas ciencias es sumisa acomodación a lo dominante por el mero hecho de serlo, o la simple reproducción de interpretaciones absolutamente neutras que eliminan la libertad de valoración y reflexión de quien realiza una investigación tan contundente como la analizada. No es, por consiguiente, un mérito menor el del autor.

El profesor Pena transita de forma enormemente fluida y fresca por varios campos metodológicos que domina de forma admirable. La historia se mezcla hábilmente con la ciencia de la comunicación, la opinión pública o la historia del periodismo, lo que le permite armar y dar sentido a un denso engranaje de fuentes documentales y hemerográficas, a las que añade una excelente selección bibliográfica. Resulta especialmente interesante el capítulo dedicado a la propaganda, que el autor lleva ya muchos años tratando de forma admirable, aunque en nuestra consideración merece destacarse especialmente el capítulo 10 dedicado

a los intercambios ideológicos entre el franquismo y el salazarismo. Y lo es porque permite comprender la densidad de unas relaciones que fueron mucho más allá de ese tópico frecuentemente repetido de que las dictaduras establecieron un simple *modus vivendi* que únicamente alcanzó dimensión institucional. La fuerte relación de intercambio ideológico no era más que la expresión de un cambio estructural indudable que la convergencia autoritaria va a introducir en el relacionamiento peninsular. Evidentemente, como señala Pena, el factor ideológico es clave, pero la profundidad de ese cambio no hubiera sido posible si entre esos largos gobiernos autoritarios no se hubieran impuesto de forma permanente unas tesis aliancistas que ya venían definiéndose, con mayor o menor precisión, desde los años veinte, dentro también de ese complejo y heterogéneo universo ideológico que podemos calificar de conservador en sentido amplio, y que frente a la permanencia de un soterrado iberismo por parte del republicanismo español y, en general, de las izquierdas españolas, había apostado por una idea de respeto a la independencia e integridad territorial de Portugal. Solamente desde ese absoluto categórico, como en su momento lo calificó Salazar, era posible establecer un marco de relaciones estable. Este factor es el que realmente permite construir ese vaso que la empatía ideológica se encargó de llenar.

La Guerra Civil española, señala Pena, no fue un conflicto bélico más de los muchos que se sucedieron en el

siglo XX, pues además de su dimensión militar e incluso ideológica, fue un momento en el que la propaganda adquirió una importancia decisiva. La Guerra sirvió para ensayar nuevos métodos e instrumentos de comunicación orientados a afianzar las posiciones de los dos bandos en lucha, así como para ganar presencia en la opinión pública internacional. Por tanto, la propaganda se convierte en un instrumento de guerra más, orientado no sólo a mejorar las posiciones propias sino también a desprestigiar al adversario. Es en este sentido en el que destaca especialmente el apoyo del régimen de Salazar a los militares sublevados en julio de 1936. Porque, como muy bien resalta el autor, es la primera vez que un Estado ejerció la representación diplomática y ejerció la propaganda a favor de uno de los bandos contendientes en un conflicto civil. Es, precisamente, este ámbito el que da verdadero relieve a la participación lusa en la Guerra Civil. Porque, efectivamente, el gobierno de Salazar participó en el conflicto civil español de forma activa y consciente, comprometido a que ese conflicto se resolviera a favor de los militares liderados por el general Franco. Esa participación se hizo por diversos medios: mediante combatientes, con

ayuda logística, etc. Pero esencialmente a través de estas nuevas formas de intervención –porque indudablemente se puede hablar con toda propiedad de intervención–, lo que demuestra que para Salazar la Guerra Civil era mucho más que una mera cuestión ideológica. De forma acertada o equivocada, parece indudable que para Salazar ese conflicto era una cuestión esencial de interés nacional. Y esa evaluación se anclaba en su percepción de una Segunda República tachada de iberista y de potencial peligro revolucionario. En otros términos, Salazar siempre estuvo convencido de que le sería imposible asentar y desarrollar su régimen en un espacio peninsular política e ideológicamente divergente. Por eso la Guerra Civil le daba una inédita capacidad de actuar a fin de conseguir una España asimilable en términos ideológicos, y controlable desde la perspectiva del omnipresente “peligro español”. Sus palabras ante la Asamblea Nacional al finalizar el conflicto en las que aseveró, refiriéndose al conflicto español, “vencimos, es todo”, resumen elocuentemente esta percepción y explican de forma rotunda las razones de esa intervención.

JUAN CARLOS JIMÉNEZ